

**EL JUEZ AURELIO**  
teresa uriarte cantolla

«Esto no es un libro. Quien lo toca está tocando  
a un hombre».

WALT WHITMAN

## 1. La Sombra

El juez Aurelio Cabredo murió de un infarto de miocardio la noche del 19 al 20 de octubre de 1996, a los sesenta años, cuando estaba viendo la televisión en su caótico piso de Bilbao.

El cadáver fue descubierto horas más tarde por un amigo forense que había ido a visitarle.

El funeral se celebró a las nueve de la mañana del día siguiente en la iglesia de San Vicente, y asistieron seis personas. En el primer banco estaban el forense Benito Cereijo, que le había encontrado sin vida, una funcionaria del juzgado con un singular moño en forma de plátano y el joven juez de guardia encargado de las primeras diligencias. Al fondo, de pie, tres representantes del grupo de jubilados de montaña al que pertenecía el juez.

La ceremonia terminó en un santiamén. El cura encendió las luces mínimas para no tropezarse y se saltó el sermón

al comprobar la escasa asistencia. Después del evangelio, dijo: «No hay homilía por deseo expreso del difunto». Cuando la funcionaria del moño plátano, el forense y el juez de instrucción escucharon la frase «Podéis ir en paz», salieron a tomar un café con leche a dos pasos de la iglesia. «Qué hombre más extraño este Aurelio», comentó la funcionaria. «Un buen profesional», apostilló el forense. «Yo no le conocí —dijo el juez—, pero qué funeral más triste, Dios santo. Dos bollos suizos y uno de mantequilla, por favor».

Los tres jubilados del club de montaña iniciaron en el mismo pórtico de la iglesia una caminata al trote hacia el monte Archanda. En el recorrido discutieron sobre el lugar, el día y la hora para rendir un homenaje, con misa y comida, a su compañero Aurelio. De todo corazón querían algo más afectuoso que lo que acababan de presenciar. «Este cura se ha ventilado la ceremonia en un abrir y cerrar de ojos», dijo resoplando un hombre pequeñito que trotaba por delante.

Pese a las atenciones de sus padres, Aurelio no había llegado al metro sesenta y cinco, y siempre había sido rechoncho, con los ojos azules muy saltones, y, de mayor, siempre iba enfundado en un chaquetón marrón nevado de caspa.

Vivía solo en una buhardilla rehabilitada de ochenta metros cuadrados que daba a la ría de Bilbao. Salía a la terraza, cubierta de polvo y salpicada de cagadas de palomas, y le gustaba pensar: «Parece París». Hacía quince años le habían adjudicado una plaza de juez en esta ciudad, y arrendó el apartamento a una viuda tacaña que le prestó unos pocos muebles de mal gusto, la mayoría de paja. Los promontorios

del tresillo recordaban el relieve de una cordillera pirenaica. La tapicería, ajada y deshilachada, vomitaba cada tarde bolas de guata que Aurelio encestaba en una papelería. De los cojines emergían infinidad de plumas que perseguía resollando por la habitación y lanzaba a la terraza.

Los armarios de la cocina chorreaban grasa y amenazaban un inminente desplome. En lo alto de una rinconera, una ardilla y un hurón disecados y mugrientos observaban cada mañana cómo el magistrado desayunaba un vaso de agua en el que disolvía una aspirina efervescente. Después fumaba con deleite un cigarrillo, lo apagaba en la fregadera y se arrastraba hasta el cuarto para vestirse.

El baño era de baldosa verde claro, y Aurelio, pese a los michelines que le circundaban, tiritaba cada vez que pisaba con cuidado el esmalte amarillento de la bañera. Todas las mañanas estaba un rato frente al espejo del lavabo. Desnudo, como un bebé adulto con carne fofa y desparramada, envuelto en humo, reflexionaba. Cavilaba sobre si había sido justo al condenar a un procesado por violación. Recelaba de las mujeres y tendía a pensar que en asuntos de agresiones sexuales, ellas fantaseaban.

Hijo único de los dueños de una confitería de Ávila, se crio feliz entre yemas de Santa Teresa, buenos amiguitos y misas en la catedral. Sus padres, mucho mayores que los de sus compañeros, le adoraban, y siempre tuvo la duda de si era un niño adoptado, aunque nunca comentó con nadie este desasosegante secreto.

Lloró mucho la trágica muerte de sus progenitores al declararse un incendio en el horno de la pastelería. Los

ancianos se asfixiaron al intentar sofocar las altísimas llamas con unas mantas. El dramático suceso, que todavía se recuerda en Ávila, ocurrió en el invierno de 1959, cuando Aurelio cursaba quinto de Derecho en Valladolid.

La confitería no volvió a abrirse, y a Aurelio solo le quedaba ahora en Ávila un tío de noventa años, ciego, hermano de su padre, ingresado en una residencia. El juez conservó la vivienda familiar, un piso céntrico, oscuro y polvoriento al que acudía todos los veranos para, entre otras cosas, aprovisionarse de membrillo y yemas de Santa Teresa para el invierno.

Nunca tuvo amigos íntimos ni novias. Hacía seis años, recién llegado a Bilbao, se enamoró de una oficiala del juzgado, una mujer madura de aspecto anticuado, falda tubo, tacones altos, con el pelo negro enroscado en un moño plátano y ojos miopes detrás de unas gafas de montura dorada. En aquellos meses, Aurelio se empapó con Varón Dandy las solapas de su único traje y al menos en tres ocasiones se atrevió a depositar junto al ordenador de la funcionaria un paquetito con dos bombones en forma de corazón. Ella se limitó cada vez a un escueto «gracias, señor juez». Para ella, Cabredo era un hombre fofo y anodino por el que jamás hubiera sacrificado su soltería.

Aurelio vivió el romance, como el resto de su vida, en secreto, para sí mismo. Soñó muchas noches con abrazos apretados de la oficiala decimonónica, hasta que un día la apartó de su pensamiento. Nunca había imaginado gustar a una mujer ni había pretendido, fallecidos sus padres, despertar admiración en otro ser humano. Y así había sido. No

lo tenía como desgracia. Estaba seguro de que no mezclarse con la vida era el único modo de evitar sufrimientos.

Se esforzaba por no interponer afectos entre él y los demás. Miraba a las personas, miraba las cosas, y casi siempre conseguía no apetecerlas. Solo creía firmemente en Dios y en el derecho. Todos los domingos iba a misa de ocho a la basílica de Begoña y rememoraba con fervor los mejores momentos de su infancia en Ávila. Entraba por el pasillo central y se arrodillaba en el primer banco. Rezaba por sus padres y para que, cuando le llegara el momento de morir, el tránsito fuera fulminante. Se dirigía a la Virgen con devoción y le rogaba, cruzando con fuerza los dedos, sucumbir de un infarto o atropellado en un paso de peatones.

Fuera de la iglesia desayunaba un chocolate con churros en una pastelería próxima y expandía las narices al olor de su niñez. Cerraba los ojos cuando aspiraba ante las bandejas el aroma de los pastelillos recién hechos. Después compraba una barra de pan y bajaba las empinadas escaleras de la fábrica de gas hasta el parque. Caminaba una hora de reloj y a las dos en punto cruzaba el puente de Deusto. Aceleraba el paso y entraba en el portal de su casa a toda prisa, vigilando a un lado y a otro como si se le hubieran contagiado los modales de los ladrones a los que juzgaba. El resto del domingo lo consumía tumbado leyendo libros y revistas de derecho. De vez en cuando estiraba la mano para alcanzar de debajo del sofá una revista arrugada de pornografía que hojeaba sin entusiasmo.

El forense Benito Cereijo se encargó de recoger los enseres del difunto. Hizo con ellos lo que pudo: regaló la

televisión y la nevera a los traperos de Emaús, cepilló los animales disecados y se los quedó para él, envió los libros de derecho a la biblioteca de la Universidad de Deusto, el traje marrón lo entregó a los frailes de Iralabarri y el paraguas lo dejó en la mesa de la funcionaria. Cuando ya creía tenerlo todo distribuido, se fijó en la revista. Mientras la hojeara sintió compasión y repulsa. Rechazó este último sentimiento diciéndose que una revista pornográfica no convertía en malo a nadie y al bajar a la calle tiró el ejemplar en el primer contenedor de basura.

En vida, el juez Aurelio Cabredo no se libró de una obsesión, la única que le preocupó, incrementada con la edad: no confundirse en su trabajo. Se le empapaba el cuerpo solo de pensar que podía cometer un error. ¡Un error judicial! ¡Dios mío! ¡Condenar a un inocente! ¡Absolver a un asesino! Esta posibilidad le impidió dormir muchas noches. Sus compañeros bromeaban sobre la cantidad de veces que repasaba los sumarios, las numerosas preguntas que formulaba en los juicios, la aplicación con la que subrayaba los boletines con la última jurisprudencia y el tiempo que invertía releendo las sentencias antes de firmarlas.

«¡Cabredo! —le llamaban los magistrados—, ¿cuál es la última sentencia del Supremo que aplica la agravante de superioridad?» o «¿Qué es lo más reciente del Constitucional sobre apología?» o «¿Cuántos gramos de cocaína para no aceptar el consumo propio?». Y él respondía sin titubear.

De las cosas normales de la vida se ocupaba lo justo. Leía los titulares de los periódicos por encima —solo para no



quedarse en blanco en el bar donde tomaba café— y miraba la televisión, instalada en el suelo frente a su caótica cama, porque le servía de somnífero. Comía todos los días ávidamente los cocidos y carnes guisadas rebosantes de aceite que le servían en una cafetería próxima a la Audiencia, y por las noches abría en la cocina una lata de sardinas y engullía en complaciente silencio los pescaditos picantes aplastados contra la miga del pan. Su predilección gastronómica eran los pollos asados. Cada viernes compraba uno recién hecho, lo protegía bajo la axila y, una vez en casa, le daba un hervor en su propio jugo. Después, lo despedazaba a mordiscos y se ponía perdido de grasa mientras pensaba: «¡Qué a gusto se come cuando a uno no le ve nadie!».

A Aurelio Cabredo, sus compañeros de la Audiencia le llamaban «la Sombra». «¿Habéis visto cómo sube las escaleras la Sombra?», preguntaban, o: «¿A que no acertáis en dónde ha estado este fin de semana la Sombra?».

El apodo se le ocurrió a un profesor de Derecho Penal que de vez en cuando acudía a la Audiencia para sustituir a compañeros enfermos o de permiso. El profesor Ángel Durán, que a Cabredo le resultaba un pedante, entró una mañana a recoger un código en una de las salas de vistas que estaba vacía y se encontró al juez Aurelio sentado en el banquillo de los acusados.

—¿Qué haces ahí, Aurelio? —le preguntó.

—Compruebo cómo se percibe el decorado desde este ángulo; siempre me ha intrigado la perspectiva que tienen de nosotros los acusados.

—No te entiendo.

—Si nos intercambiáramos las posiciones, quizá también cambiarían los resultados.

—Trabajas demasiado, Aurelio. ¿Duermes lo suficiente?

—Para tu tranquilidad, duermo una media de ocho horas.

«Le he encontrado como una sombra, sentado en el banquillo. Este hombre no está bien», comentó el profesor a un colega.

Cuando falleció, ningún juez abandonó sus ocupaciones para asistir al funeral.

## 2. Las medias

A las doce de una noche fría de febrero, el juez Aurelio Cabredo subía como una sombra las escalinatas del Palacio de Justicia. Entraba de guardia, y en el paseo desde su casa había venido pensando en lo que se iba a encontrar. Toxicómanos a quienes era muy difícil entrevistar, algunos chicos que habrían forzado cerraduras de coches o pegado tirones de bolsos. Delitos de poca monta a los que la justicia daba salida con jueces peones como él. A diferencia de los jueces estrella, ellos eran como topos entrando y saliendo de las comisarías y de los juzgados de guardia.

En el calabozo, a José Jiménez las esposas le apretaban las muñecas y le impedían extraer el último cigarro de la cajetilla. Le dolían las articulaciones y notaba el estómago arrugado. Se recostó en las baldosas húmedas de la celda y fijó la vista en una mancha blanquecina de la pared. Le habían detenido a las siete de la tarde, y a las cuatro de la madrugada seguía tirado.

—¿Quién es el siguiente? —preguntó el juez.

Para esa hora había tomado ya declaración a siete detenidos, a tres de los cuales había enviado a la prisión de Basauri. La noche le estaba resultando muy larga. Estiró los brazos por detrás de la cabeza y calculó que, con un poco de suerte, para las ocho estaría durmiendo.

—¿Su nombre?

—José Jiménez —respondió el chico intentando mantenerse erguido en la silla. Junto a él, un abogado joven, con el pelo revuelto y aspecto adormilado, pensaba en las malas notas de su hija de diez años. Esa misma tarde, la niña había traído suspendidas las siete asignaturas de la última evaluación.

—La policía informa —habló Cabredo con solemnidad— de que le han detenido a las siete de esta tarde cuando salía borracho del bar Elígeme. Los funcionarios le han encontrado un cortaúñas, un billete de cincuenta euros y un par de medias de seda de color *beige*. Dos horas después, en una rueda de reconocimiento, ha sido usted identificado por la propietaria del comercio El Barato como el joven que ha roto la luna del escaparate y se ha apropiado de un par de medias. La denunciante asegura que la ha amenazado con un cortaúñas.

Cuando el juez Aurelio terminó de leer el atestado, levantó la vista y observó fijamente a José. Escrutar minuciosamente a los detenidos y hurgar qué les bullía en el cerebro era una práctica a la que nunca se resistía.

—Dígame, ¿cuántas veces ha sido detenido? ¿Cuándo fue la última ocasión?

—No sé, muchas. Siempre por tonterías. No me acuerdo.

—¿Tiene algo que decir sobre el robo de hoy?

—Oye, juez, ¿me escuchas? ¿Me vas a escuchar? —preguntó José apoyando los codos sobre la mesa.

—Haga el favor de no tutearme. Y retírese un poco. Póngase derecho.

El juez desplegó un pañuelo blanco con iniciales bordadas por su madre y se sonó con estruendo.

—Mira, juez, ¿me ves? Estoy mal. Me siento mal. ¿No sabes cómo te digo? Un dolor aquí, fuerte, en el estómago. Estoy mareado. Te veo borroso. ¿Me quieres entender?

—No le he preguntado cómo se siente. Le pregunto sobre el delito que ha cometido y le he dicho que no me tutee.

En toda su carrera, a Aurelio Cabredo no le había tuteado jamás un detenido.

—Oye, juez, ¿serías tan amable de darme un Winston?

—La justicia no tiene presupuesto para cigarrillos. Si no piensa declarar, dígallo. Así no perderemos el tiempo ni usted ni yo.

—Sí que quiero declarar, juez. ¿Cómo no iba a querer? Quiero contarte lo que me pasa, pero tú no quieres escucharme. No te interesa. Oye, ¿quién es este? —preguntó José volviéndose hacia el hombre que estaba de pie a su lado.

El joven abogado dio un respingo y se retiró el flequillo de la frente.

—Es el letrado designado de oficio para que le defienda.

—Pues para ser de oficio, no está nada mal.

—Haga usted el favor de ser respetuoso. No le voy a consentir una sola impertinencia más. O me contesta o doy por finalizada esta comparecencia.

—Oye, juez, te lo repito, estoy mal. No me acuerdo de nada. Puedes mandarme a la cárcel si quieres, yo no tengo nada que hacer en esta vida. Me da igual tirar para un lado que para otro.

El juez pensó que a él no le esperaba nadie.

—¿Es usted toxicómano?

—Sí, me he metido dos picos por la mañana. ¿Pasa algo? Pero, sobre todo, lo que tengo es hambre, mucha hambre. ¿Me puedes dar un bocadillo, juez?

—Aquí no se sirven bocadillos. ¿Está usted en el paro?

—Ni en el paro.

—José Jiménez, solo le pido que me responda si se reconoce autor del robo de un par de medias hoy por la tarde en el comercio El Barato —levantó la voz el juez Cabredo fijando sus ojos saltones en el detenido.

—¿Sabes lo que te digo, juez? ¿Quieres que te lo explique bien? ¿No sabes cómo te quiero decir? Yo no tengo un euro. No tengo dónde caerme muerto. Tú tendrás casa y mujer. Tú aquí ganarás un pastón. Me han entrado ganas de vomitar, juez. ¿Puedo ir al retrete?

El abogado interrumpió con suavidad:

—Ruego a su señoría que permita al detenido ir a los servicios.

José se incorporó con dificultad y dijo:

—Gracias, juez, eres un tío amable.

La secretaria que transcribía la declaración en un ordenador miró al joven caminando entre los guardias. Se fijó en la camisa sucia de cuadros por fuera del pantalón y las alpargatas mojadas. Se sintió culpable por no estar todas las tardes con su hijo de cuatro años, prepararle la merienda y hablar con él.

—Con los hijos hay que hablar mucho, desde pequeños —comentó a una compañera, que la miró sorprendida.

A las seis de la mañana, el detenido fue conducido de nuevo ante el juez. Era el último, y Cabredo optó por tutearle.

—A ver, José, ¿te sientes mejor?

—No, juez, estoy peor. Tengo hambre. ¿Me puedes dar un Winston?

—No, lo siento, he dicho que no. ¿Vas a contarme si has sido tú el que ha robado las medias después de romper con un cortaúñas la luna del comercio El Barato?

—Sí, juez. Ahora te lo voy a decir. Ahora me acuerdo. ¿Sabes cómo te digo? Mañana es el Día de la Madre, de la madre que me parió. Me lo ha dicho Pili esta mañana. «¿Le vas a comprar algo a tu madre?», ha preguntado. ¿Sabes cómo quiero decirte, juez? ¿Me entiendes? ¿Qué me vas a entender! ¿Qué quieres que le compre a mi madre? ¿Me puedes decir tú qué mierda le compro yo a mi madre si no tengo un duro? ¡Si debo los últimos diez picos! Dame un pitillo, juez, te lo estoy pidiendo por favor.

—He dicho que no. No deberías fumar, José Jiménez, está hecho un trapo. O sea, ¿quieres decir que has robado las medias para regalárselas a tu madre?

—Sí, juez, ¿qué te parece? ¿Te parece mal? ¿No te lo crees? ¿Tú tienes madre? ¿Qué le vas a regalar mañana?

—Aquí el único que pregunta soy yo. ¿Ha sido usted, entonces? Diga sí o no. Recuerde que es reincidente y que por lo que ha hecho podría ser condenado a más de seis años. Un robo con violencia y un delito de amenazas. La propietaria del comercio le ha identificado sin ninguna duda entre las personas que han formado la rueda.

—La propietaria, la señora, la dueña del comercio. Y mi madre, ¿qué? ¿Mi madre no tiene derecho a unas medias, juez? Ella las necesita porque va a ir a una boda y las que tiene están rotas. Se lo escuché decir, putas medias, y mi padre le mandó callar, que fuera sin ellas, que nadie iba a darse cuenta. «Tú tienes buenas cachas, Mila, a ti no te hacen falta medias», le dijo mi padre.

—Si continúa hablando nos van a dar las diez de la mañana, y yo tengo mucho trabajo —perdió la paciencia el juez Aurelio.

—Eso es lo que yo quisiera, juez, trabajo. Y también comer, comerme un bocadillo de jamón con una caña y un Winston. ¿Tú has cenado ya? A lo mejor te has fumado un puro antes de venir aquí.

—¡Policías! Retírenlo.

—Adiós, juez, cabrón, que te den mucho por el culo.

El rostro del juez se descompuso cuando José se volvió y desde la puerta le hizo un corte de mangas.

José preguntó si podía llamar a su casa. Minutos más tarde, el abogado informó a los guardias de que el detenido tenía permiso del juez para telefonar. El abogado sacó una



moneda y la introdujo en un aparato pringoso colgado de la pared. Tendió el auricular a José. El chico lo agarró con dificultad. Marcó un número y, con las esposas pegadas a la oreja, susurró:

—Madre, soy yo, José. Buenas noches, tranquila. No te asustes. No grites. No pasa nada. Me llevan al trullo. ¿Qué he hecho? Nada, mujer, nada. Ya me conoces. Te quiero mucho. Mañana es el Día de la Madre. Felicidades, vieja. Había pensado regalarte unas medias. Otra vez será, no subas a la cárcel. No se lo digas a padre. No llores, ¿eh, jodida? Si puedes, mándame algo de parné para tabaco. Cena; yo ya he comido un bocadillo. No como los tuyos, pero estaba bueno. Un beso, madre.

El juez terminó a las siete de la mañana y, cuando descendía cabizbajo las escalinatas de la Audiencia, se tropezó con una mujer de negro, despeinada, que subía los peldaños de dos en dos con una bolsa de plástico. Aurelio se sobresaltó.

—¿Sabe usted si se han llevado a los detenidos a la cárcel?  
—preguntó con voz entrecortada.

—No sé. Suba y pregunte.

La mujer continuó aprisa escaleras arriba, y los ojos saltones del juez se volvieron como imanes hacia sus piernas. Eran unas piernas nervudas y bien formadas que desafiaban el frío de la noche.